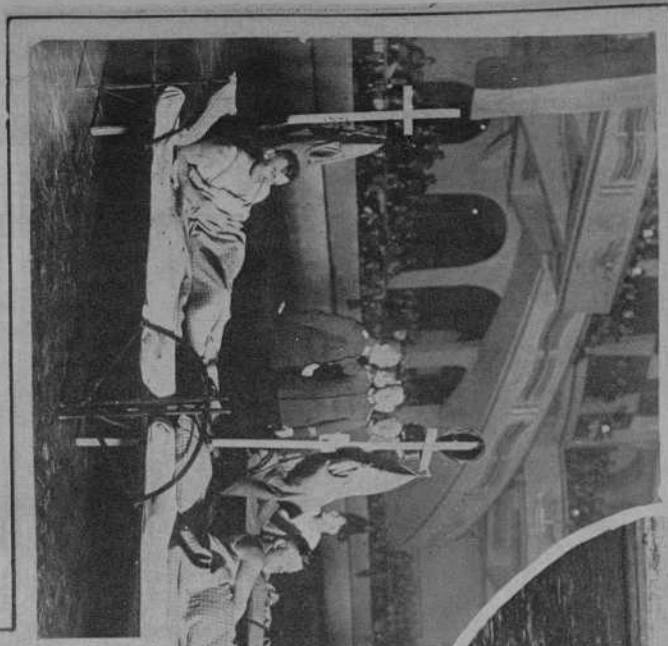


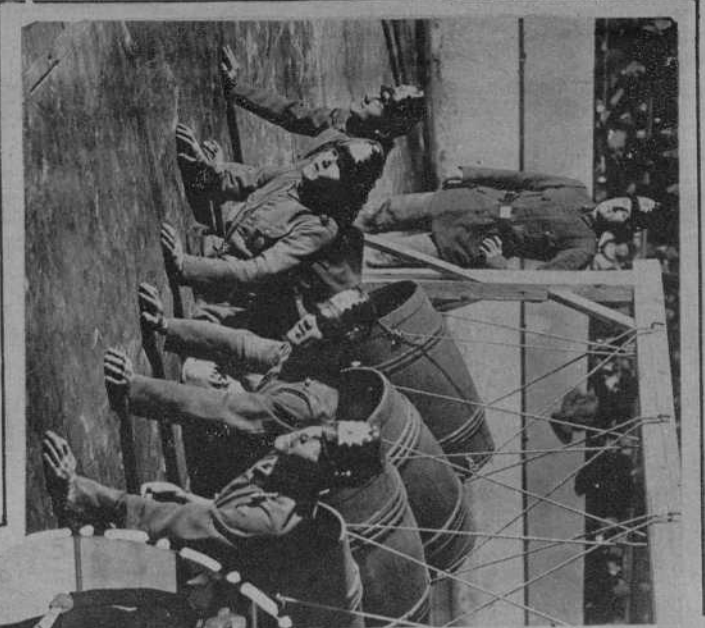




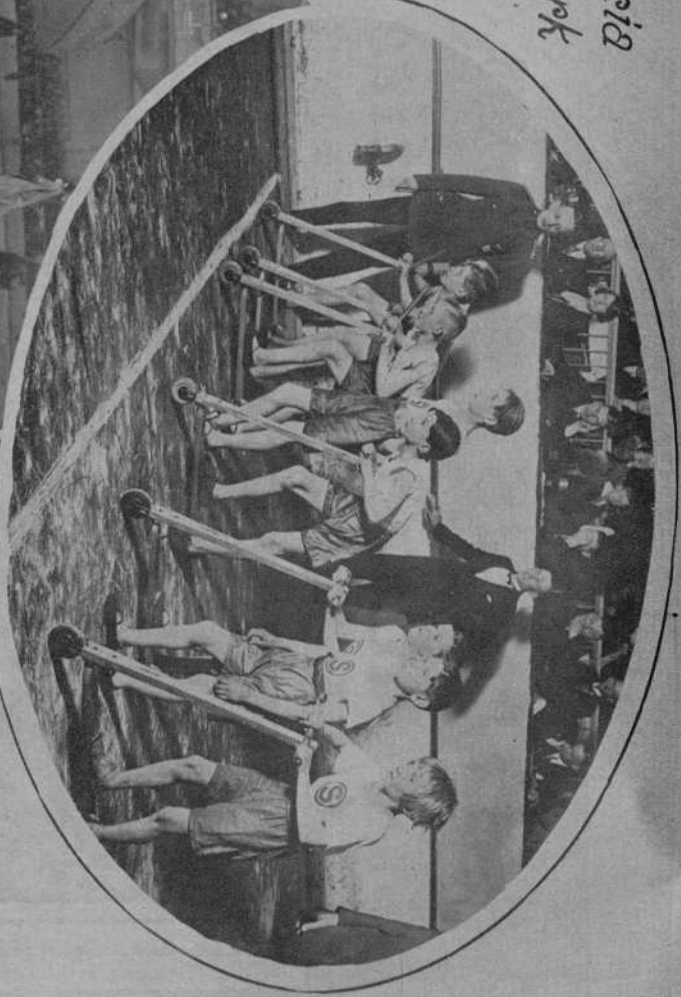
Una fiesta de la policía alemana en el Luna Park de Berlín. Ejercicios atléticos y pantomimas de un curioso humorismo.



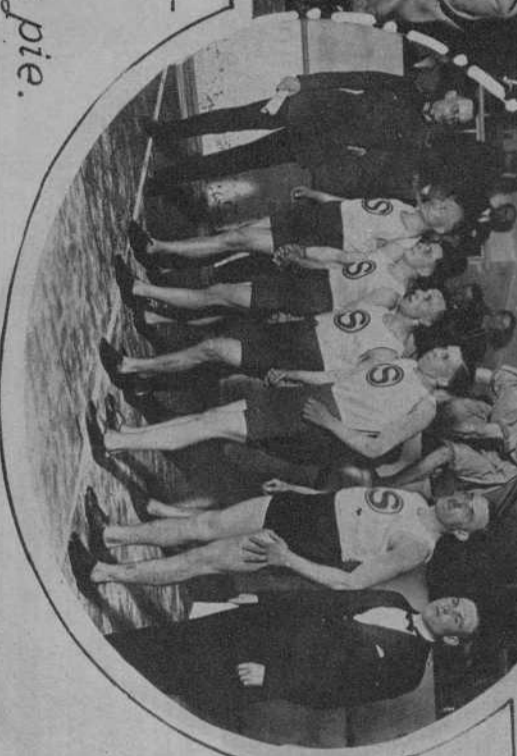
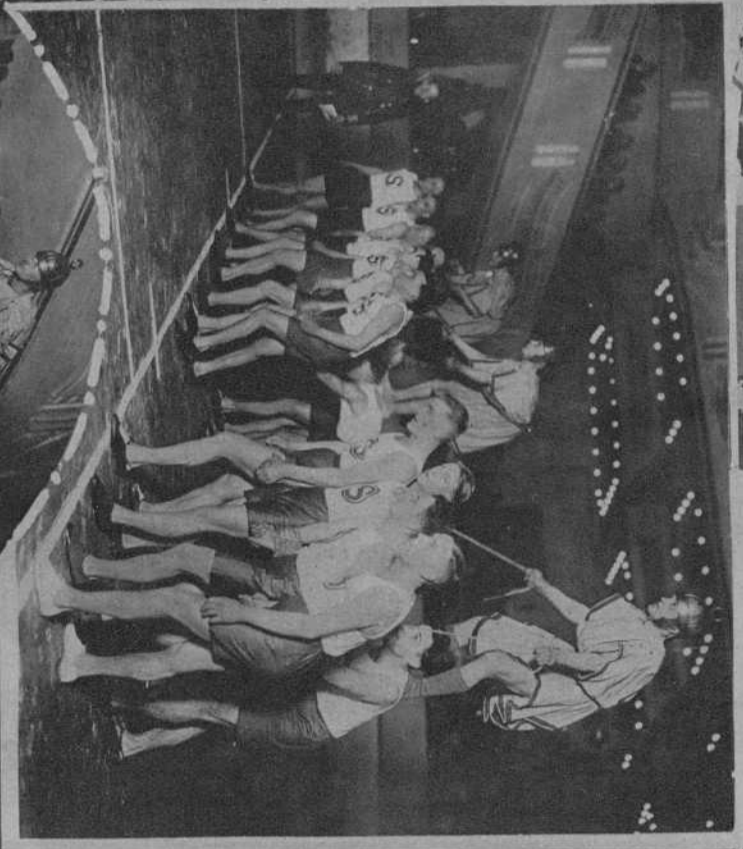
El toque de alarma.



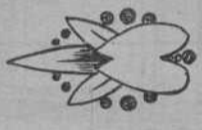
La prueba de los toreros sin fondo. La carrera a pie.



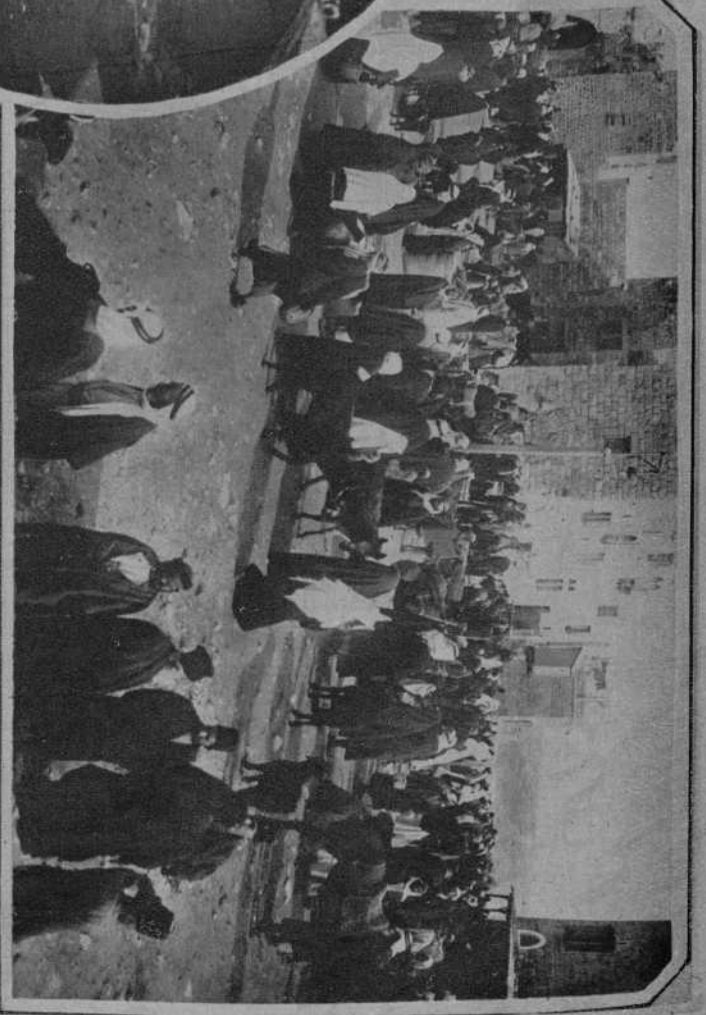
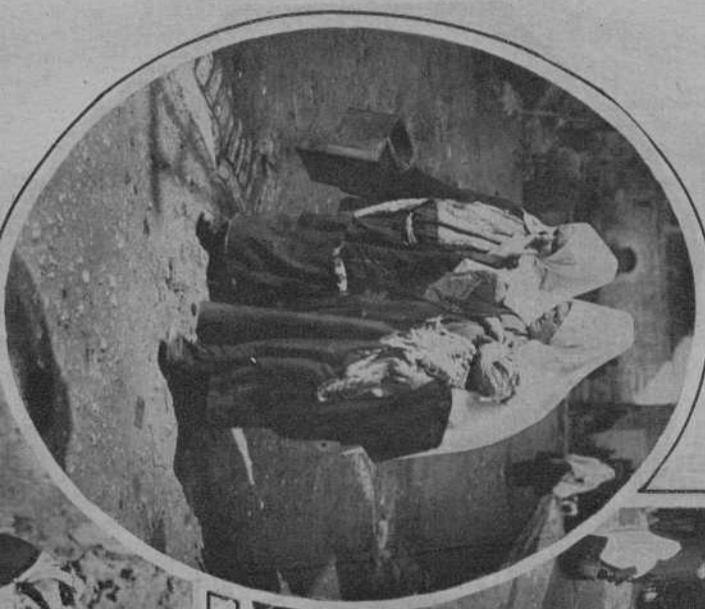
El concurso de patinettes



Una parada de las cuadrillas romanas.



Belén. La ciudad santa en que nacieron Jesús y David

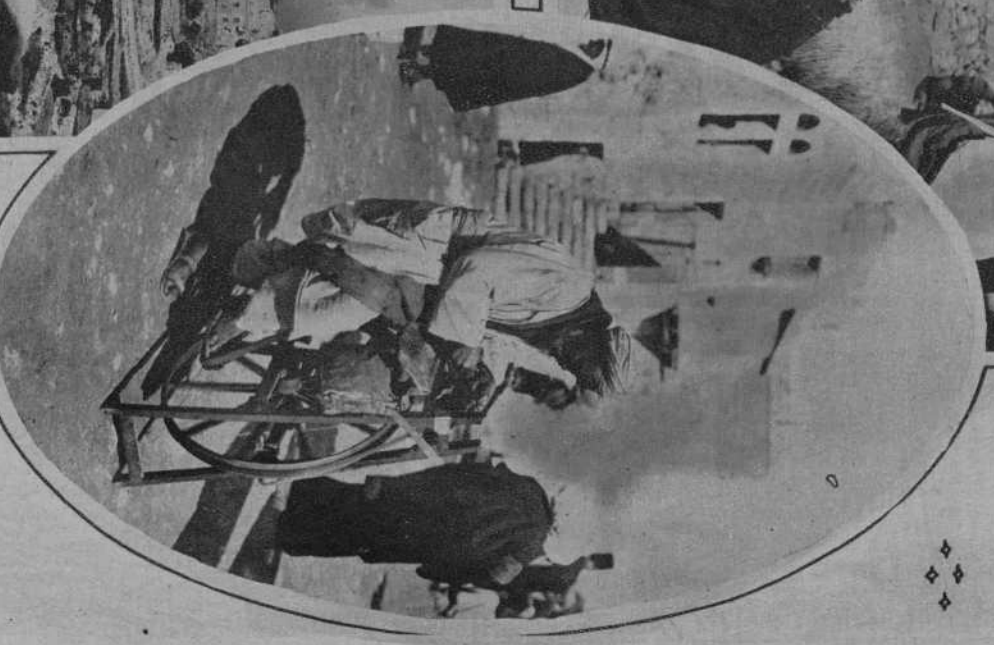
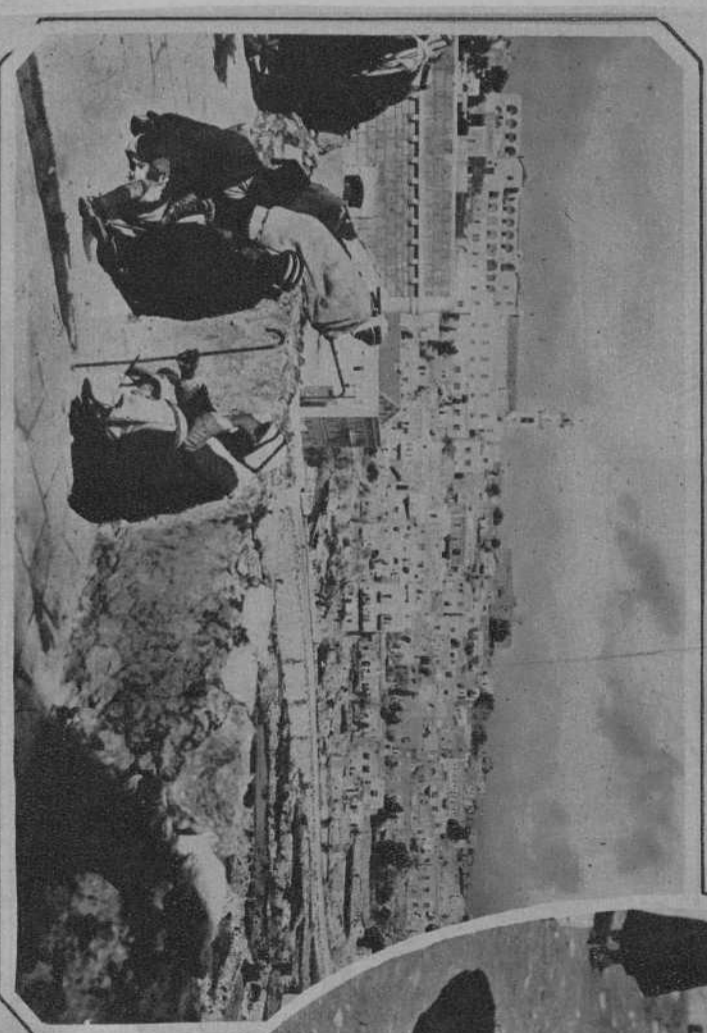


La animación en los alrededores del mercado

Zendeadoras retirándose del mercado con sus carretas blancas.



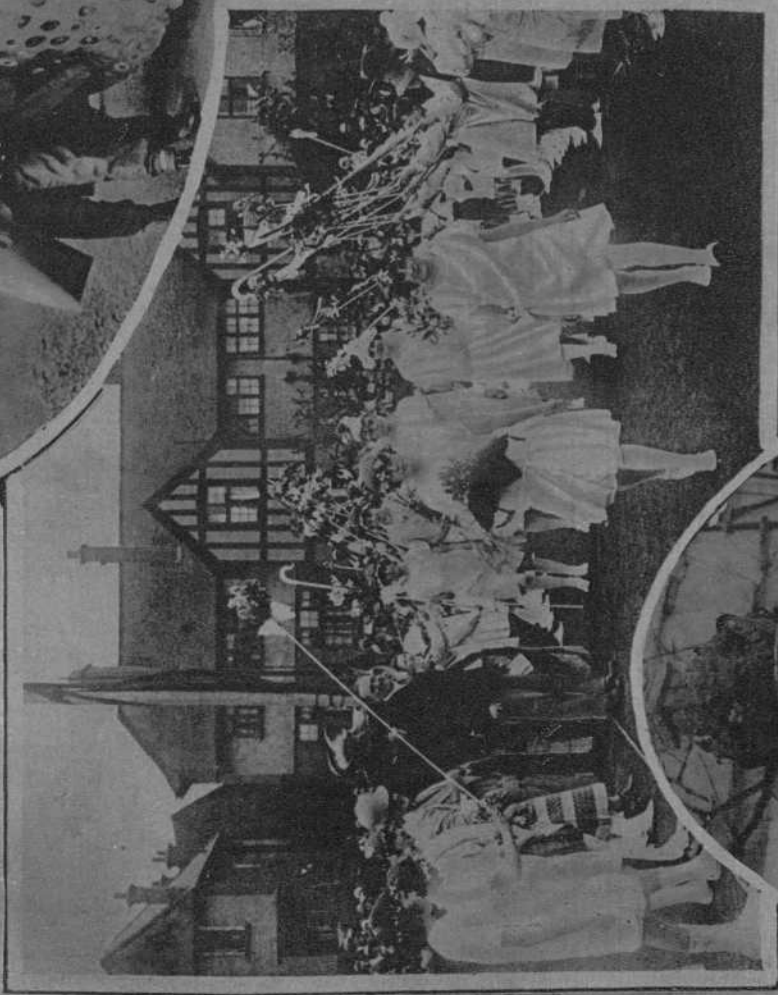
Pastores beduinos con sus rebaños.



Un afilador trajío en una calle de Belén. Beduinos sobre las torres de la ciudad.



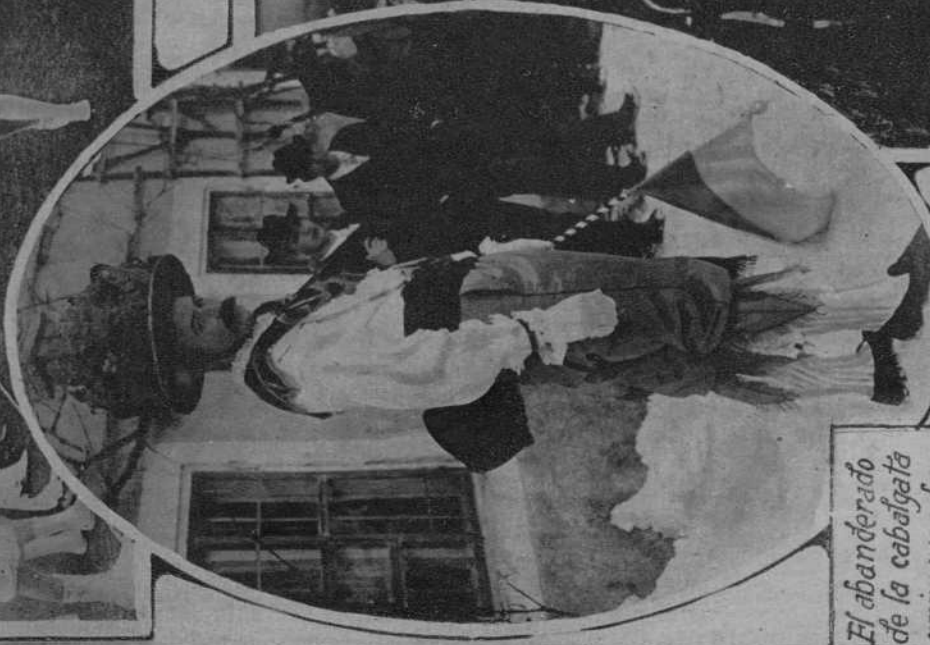
*Fiestas primaverales, hermanas de nueces tras "caramelles"*



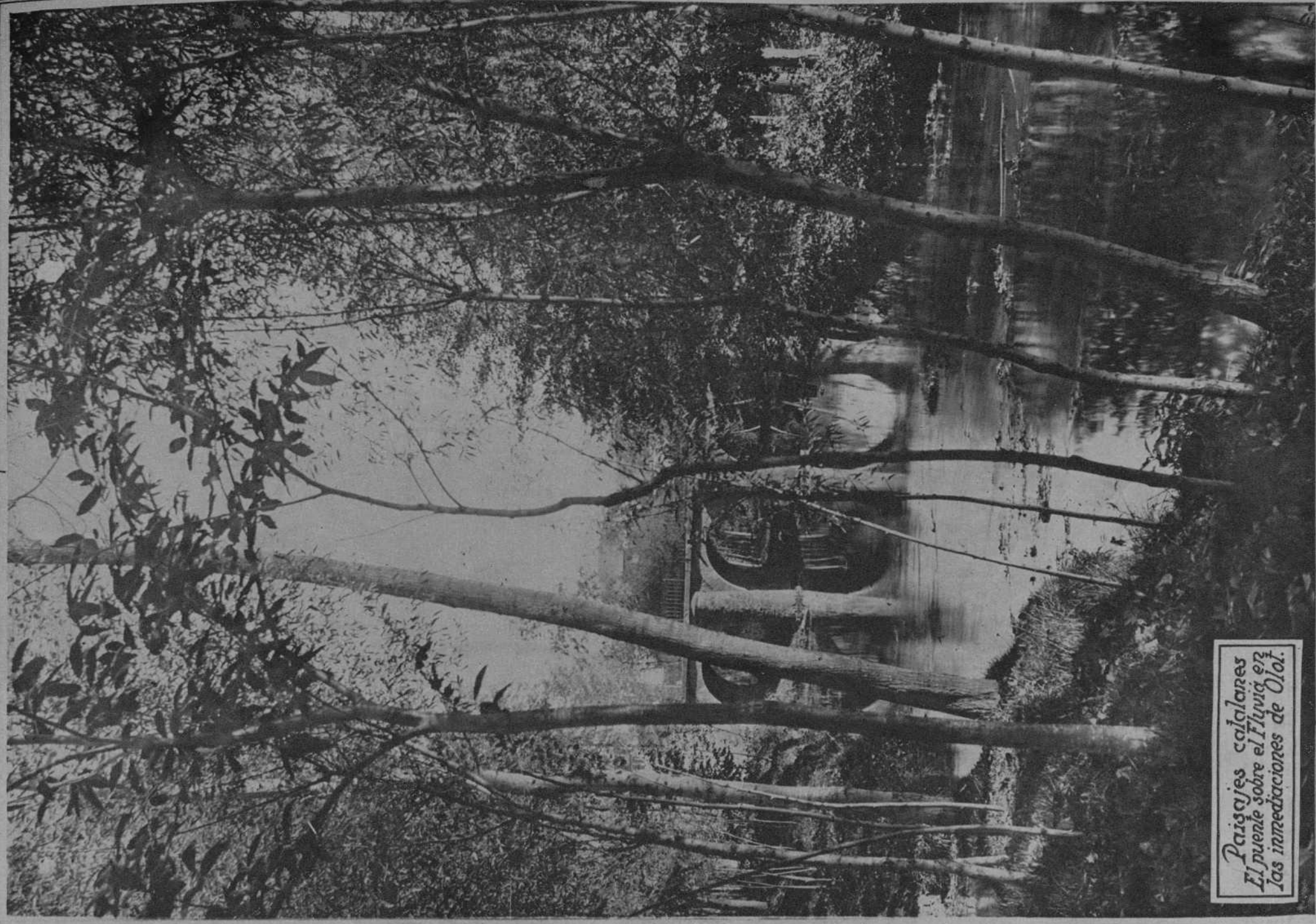
*La "hobby-horse-parade", fiesta primaverales, en una aldea escocesa.*

*En Inglaterra: desfile de muchachas vestidas de blanco, bajo un dosel de varas floridas.*

*En Heidelberg-Alemania: Orifinales muñecos de paja adornados con cintas, que recorren la ciudad anunciando la Primavera.*

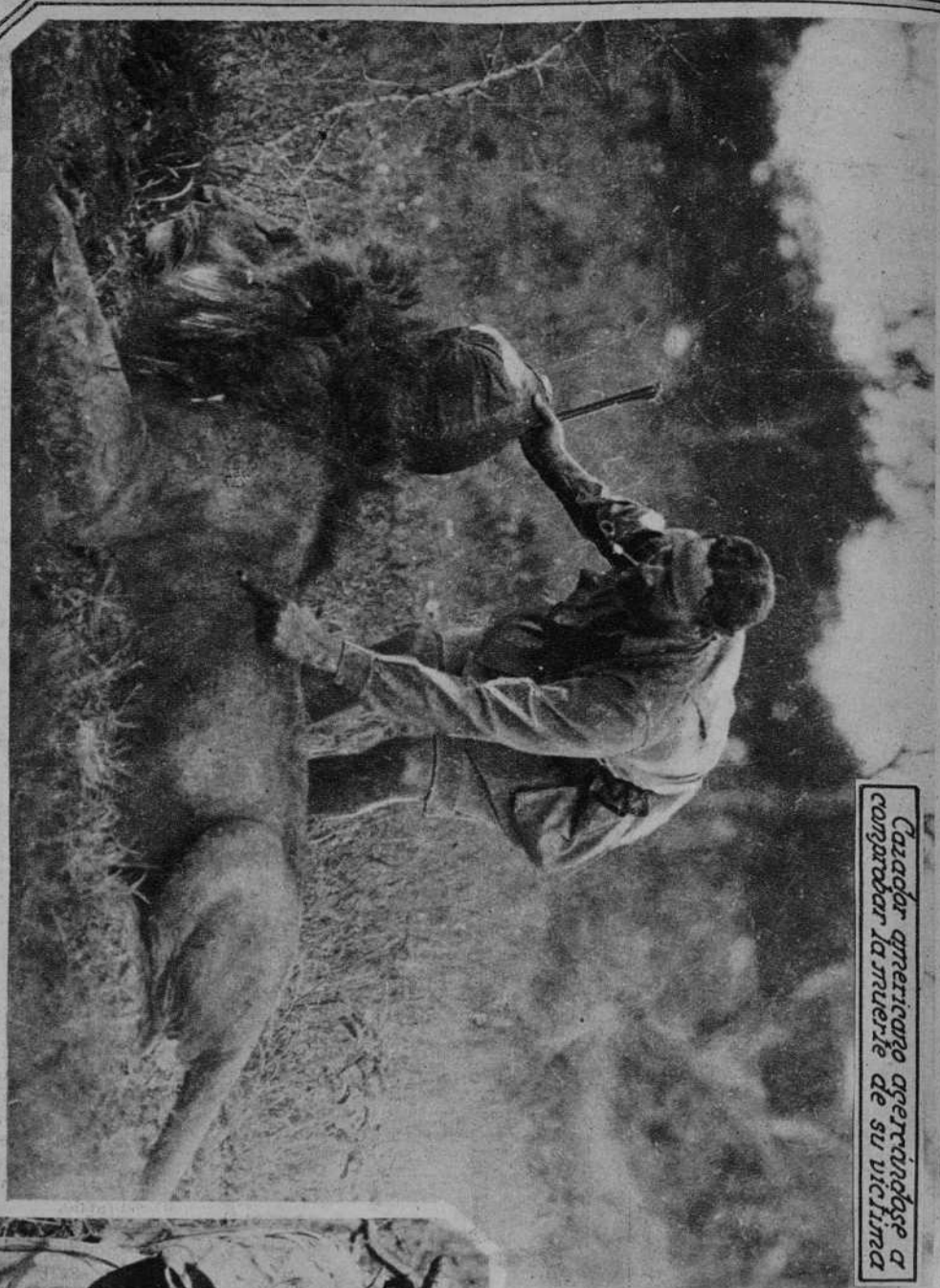


*El abanderado de la cabalgata primaverales que se celebra en los pueblos del Tirol.*



*Parajes calcáneos. El puente sobre el Fluviá en las inmediaciones de Oloí.*



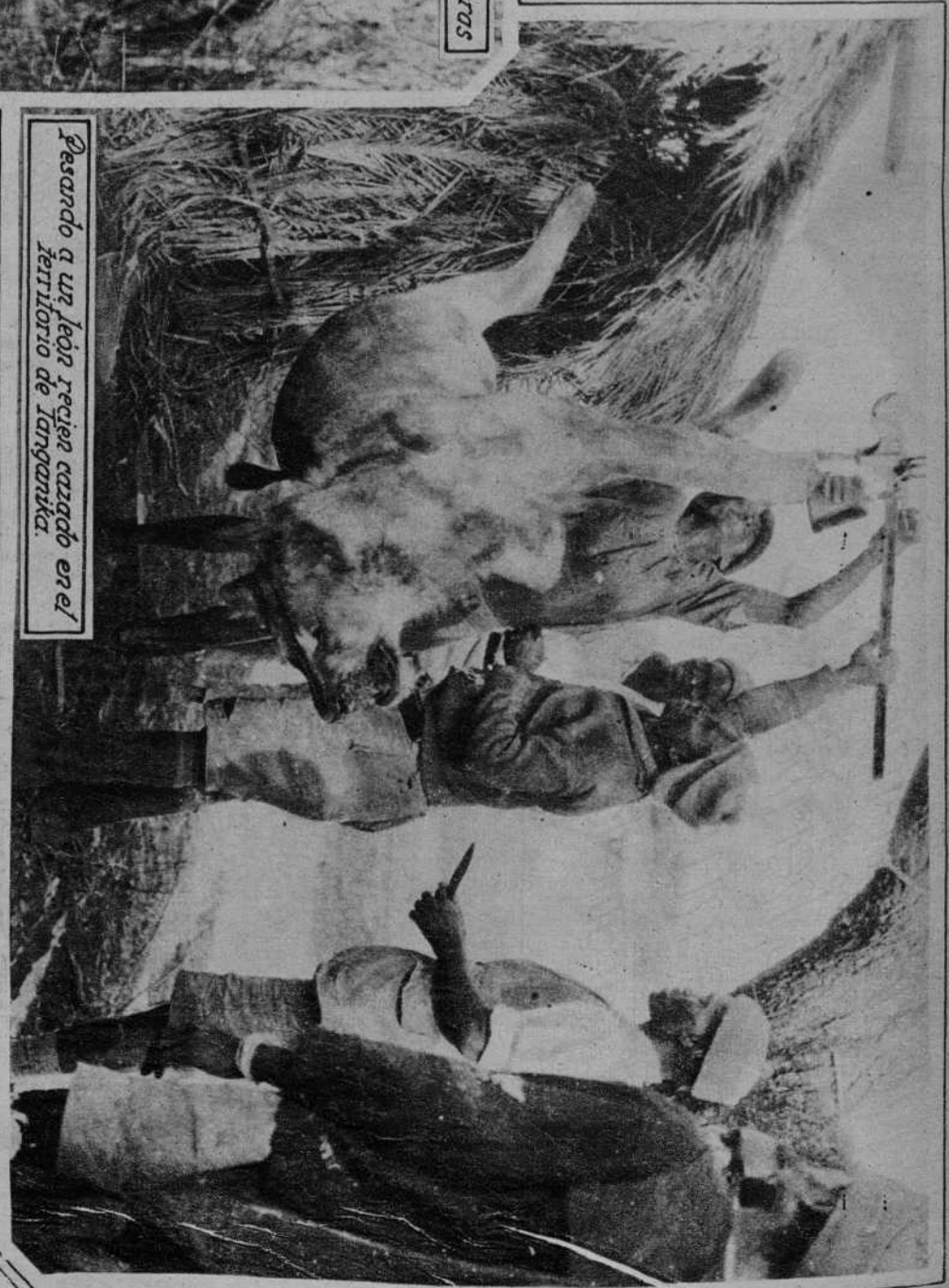


*Cazador americano acercándose a comprobar la muerte de su víctima*

# Las grandes cacerías en el África ecuatorial

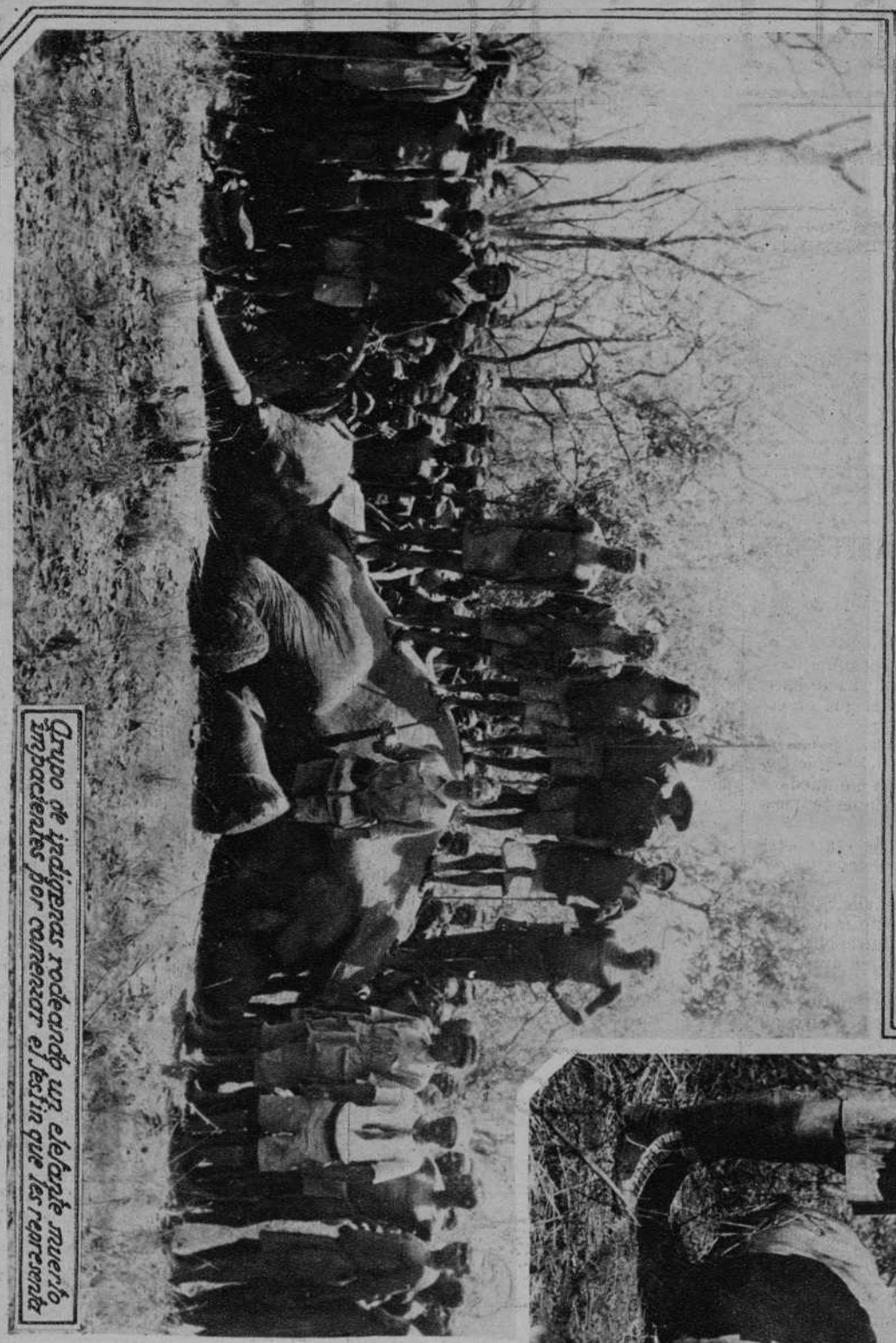


*Un cervo que pesa más de 1.500 libras*



*Pesando a un león recién cazado en el territorio de Ianganika.*

*Los Jivak*



*Grupo de indígenas rodeando un elefante muerto, impacientes por conseguir el sebo que les reportará*



*Un rebano de elefantes cambiando por la seba africana. Curiosa librería obtenida por un miembro del "Gran Party" grupo de cazadores yanquis.*



# La novela del domingo

«El Baena» llevaba treinta y seis horas sin comer. Lo último que recordaba haber engullido se estimaba en este largo paréntesis que le imponía la necesidad, era un churro fósil y una especie de agua de fregar platos que más por caridad que por los cinco céntimos franceses que le había entregado, le dió una vieja vendedora de aguardiente, churros y ruculo de Cuatro Caminos.

Después de aquel banquete matinal que a «El Baena» se le figuraba haber tenido lugar allá en su remota infancia, el aprendiz de cerrajero no sabía positivamente si la dentadura era un objeto de adorno para el hombre o, si por otra parte, era algo indispensable que llenaba una función utilitaria de la cual él había perdido la memoria.

Porque, bueno, en aquellas fatales treinta y seis horas, el pobre no había hecho otra cosa que tragar saliva, lo único que podía tragar que no costase el dinero, habiendo sufrido ya tres desvanecimientos, el último frente al escaparate de un bar de la calle de Mortaleza, donde unas niñas estafadas con unas ilustraciones de cerdo, le habían dado, el primer susto de lo bien hechas que estaban.

Amarillo, ojeroso, medio muerto, se rehizo de aquel fementida debilidad de un instante y siguió andando hacia los altos de Abroñigal. Allí, sobre un desmonte, donde unos rastros crecían miserablemente, se sentó al sol.

Hacia justo, dos semanas y media que había abandonado el taller de cerrajería del señor Bruno, en la calle de Embajadores, donde trabajaba de aprendiz ganando sus buenas dos pesetas de jornal diario. Con esta pequeñez, y lo que su madre traía haciendo faenas en casas particulares, se iba tirando modestamente la vida en espera de tiempos mejores, ilusión que nunca muere en el corazón del hombre ni hasta en su total ruina.

Pero José María Tapiolas, alias «El Baena», no había nacido para ser un esclavo del vil trabajo manual y pudrirse en un taller de cerrajero haciendo llaves y mecanismos más o menos complicados para la seguridad de los bienes del prójimo. El tenía su idea, su idea bien fija, grande y brillante, llena de luz y de alegría ancho horizonte donde lucir y valuar sus cosas, las que él llevaba dentro, todo un mundo de secretos de arte, nuevo y verdadero.

Porque él, era torero, es decir, no lo era en la acepción oficial de la palabra, pero se sentía torero, más torero que alguno de los que, con cuatro camelos de ocasión, traían engañado al público de las grandes ciudades.

El era un torero de verdad, un torero serio que aprendía de los maestros el arte sobrio adaptándolo imaginativamente a las nuevas exigencias del gusto.

El otro se está, que no había visto ni a Lagartijo ni a Frascuelo, pero allá en su cuarto de la calle de la Encomienda, donde vivía con su madre, tenía los retratos de los dos monarcas del toro y aquello ya era bastante.

Además podía enseñar toda la colección del «Madrid Taurino», desde su primer número, de papel recio y amarillento, hasta los actuales, con su vistosa viñeta en colores y los retratos de las figuras más célebres del arte.

Esto, claro es, sólo hacía referencia a lo que se podría llamar su cultura bibliográfica, que en lo que respectaba a la parte práctica, ni que decir tiene que se había doctorado en «la China», después de infinidad de tientas hechas en las dehesas de Villaverde, Colmenar y otros puntos célebres con el ganado que pastaba en los prados o en el monte.

Así fué, como un día, su fama, rompiendo el velo de la indiferencia, trascendió, y le contrataron para una capea en Aravaca.

Lo primero que ha de tener un pueblo para juzgar el trabajo de un artista, es un conocimiento, aunque sea somero, del arte y sus progresos más recientes, y los aravaqueños, completamente ignorantes de estas cosas, creyeron que aquella incomprensible manera de torear de «El Baena» y compañeros mártires, era miedo vil, y no una nueva e insospechada modalidad del sublime arte de Cebalares siendo así que, arosados y resueltos, les acosaron contra el boyancón que les echaron, el que sin respeto ni consideración alguna, les volteó despiadadamente, quedando dos de la cuadrilla mal heridos en el suelo y teniendo el resto que escapar como pudieron, primero de los cuernos, después de los mozos del pueblo que los persiguieron campo atravesado hasta perderlos de vista en los declives y salientes del terreno.

La noche triste que pasó Hernán Cortés bajo el árbol milenario, fué el sueño de una noche de verano comparado con la que pasó José María Tapiolas, alias «El Baena», bajo una epina de raíces prominentes que se le clavaban dolorosas en las más blandas partes de su cuerpo. Estaba hecho polvo. Al menos así lo confesaba palpándose particularmente las piernas, que en la furiosa carrera sufrida habían demostrado ser de una solidez envidiable.

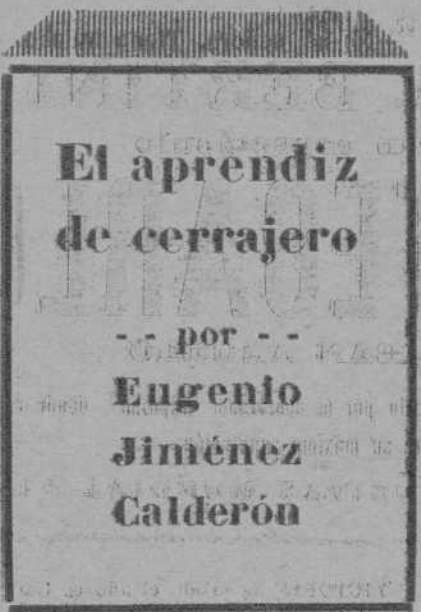
Se había dejado caer allí, bajo aquel árbol piadoso, porque al punto que reposaba, el cuerpo, podía reflexionar qué línea de conducta tenía de seguir después de su debut en Aravaca. Desde luego, eso de ir al taller, ni soñarlo. Un artista de su enjundia necesitaba el tiempo para torear, para ver a los amigos y hablar de corridas, para ir a visitar al «Socá» y al «Leznáo», los dos apodados de prestigio que concertaban capeas y vacadas por los pueblos comarcanos.

Bueno, todo aquello era la fección. Pero, qué diría la señá Esperanza, su madre, de todas estas conclusiones dadas por definitivas? Aquí «El Baena», torció el gesto. Como decir, iba a decir más que un libro ipero, bueno, que dijera! El, era él, tenía su porvenir en su afición y arte para los toros y no iba a torcer el curso de la brillante carrera que le esperaba por las consideraciones que hiciera su madre, la señá Esperanza, una buenísima mujer, pero que no sabía una palabra de estas cosas.

Ya cerraría el pico, cuando después de una corrida, llegase a su casa y arrojando con garbo un billete de los de cien sobre la mesa, dijese: Madre, ahí tié uste ese billete pa que se compre usté afileres.

Y divagando, le cerró la noche y el cielo se cubrió de estrellas y el cansancio le venció, quedándose dormido profundamente.

El sueño, que es a veces un espejismo cruel que da formas de realidad a las cosas más absurdas, pobló de imágenes la mente de «El Baena», el cual soñaba que, habiendo quedado como los propios ángeles en Aravaca, pero no en una capea, sino en foda una corrida seria, tras de haber sido llevado en hombros por sus admiradores hasta los propios umbrales del hotel, se le había festejado con un banquete, al cual asistía la flor y nata de los aravaqueños con su alcalde al frente. Las glorias no habían quitado el apetito al anfitrión y «El Baena» llevaba ya una porción de horas atracándose lindamente, sin que viese el final de aquella comilona bárbara. Pero, de repente, el alcalde, alzándole de su silla con



## El aprendiz de cerrajero

por

Eugenio Jiménez Calderón

aire resuelto y rostro congestionado, dijo así:

—Señores, ustedes ven cómo los aravaqueños sabemos invitar a nuestros huéspedes ilustres, rindiendo así homenaje al arte y demostrando que sabemos distinguir lo bueno de lo malo. En nuestro invitado, el gran torero José María Tapiolas «El Baena», yo saludo la futura y más grande gloria de la tauromaquia.

Una ser le estruendosa de vivas retumbó, y entonces el alcalde, acercándose a él, le abrazó y le besó repetidas veces en el rostro.

«El Baena» despertó. Una sensación húmeda y caliente le corría la cara, cosquilleándole. Abrió los ojos, y a la luz violada e indecisa del amanecer, pudo ver cómo un perro de ojos afectuosos y tristes, flaco, con el pelo áspero y profuso, le lamía la cara con tenacidad humilde.

Su primer movimiento fué de espanto. Luego, mirando los ojos melancólicos del can, se tranquilizó. A través de la pupila, el animal dejaba entrever su bondad, su mansedumbre. «El Baena» se incorporó y miró con detenimiento al compañero inesperado.

—Vamos, mira por dónde se dijo mentalmente—, me encuentro un amigo con quien hablar. Y con una ventaja: que este es de los que nunca llevan la contraria.

Aquella consideración le entretuvo un momento; pero algo muy íntimo y apremiante le dejó perplejo de pronto. Tenía hambre, un hambre feroz, irritada, troglodita. Lanzó una mirada a su alrededor buscando con ojos estrábicos y algún árbol frutal. Nada. El campo yermo, de una tierra amarilla, seca, con gibas áridas donde algún pino de verdura escasa parecía un asceta solitario. Un poco más allá, la mata parda, sinuosa, polvorienta, de la lontanza fría del horizonte.

### II

No podía más; sentía que la tirantez interna de su estómago le producía en las entrañas un dolor agudo y desesperado. Ya no era hambre ni desfallecimiento lo que ponía en sus mejillas la carne acartonada, como seca, adherida a los pómulos igual que el pergamino endurecido. Sus ojos tenían cierto extravío, de locura, cual si mirasen lejanamente con la pupila brillante y estática.

Bajó como un borracho por la Avenida de Victoria Eugenia. En la noche, cerrada, las casas alzaban sus altas siluetas negras con numerosos ojos geométricos de luz interior.

Tras aquellos huecos luminosos había una habitación humana donde vivían seres felices que comían con la regularidad de las vidas sedentarias y tenían una cama blanda en un cuarto tibio,

en la que descansar gratamente toda la noche.

El, sin embargo, hacía muchos días que no sabía lo que era tumbarse bajo techado ni comer un yantar caliente y nutritivo. Como se acordaba de los cocidos que le hacía la señá Esperanza, su madre, abundantes en ricas patatas, blancas y harinosas, con aquel otro acompañamiento de garbanzos reventones, que daban vértigos al hambre!

El llegaba del taller, se desprendía de su chaquetilla azul de mecánico, se remangaba la camisa, y ¡zas!, en la pila del patio se daba el primer fregote en cara y manos, sintiendo la voluptuosidad del caño frío de agua estremerle la dura epidermis del trabajador. Luego, limpio, alegre, con un apetito que parecía haber despertado en su estómago hambres de siglos, engullía sin descanso el invariable menú, remojado con largos y dormidos tragos a una pequeña bota de clarete de Méndrida, picantillo y aspero. ¡Qué delicia!

Todo aquello que entonces se le había figurado pobre y pequeño, ahora lo veía como una remota felicidad perdida, agrandado en su imaginación por los ojos del deseo.

Al pasar rozando las fachadas de piedra de las casas opulentas, sentía llegar hasta su olfato los ricos olores a cocina que subían por las ventanas de los sótanos. Y abriendo las fauces de su nariz cuanto podía, aspiraba aquel aroma de guisos, con voluptuosidad infinita, torciendo los ojos como un bizzo y notando que la saliva se le acumulaba en el paladar de un modo abundante. ¡Qué atracción si le dejasen penetrar allá dentro!

Pero notó más acentuada su debilidad. Parecía que un tirón misterioso que partiese del suelo le dificultase cada vez el andar ya vacilante. Buscó apoyo en la pared y se dejó caer, resbalando, hasta el suelo. Luego sintió que le invadía un cosquilleo dulce, después una inconsciencia...

—¡Eh, tú, golfo!— «El Baena» se vió sacudido con ruda brutalidad. Abrió los ojos. Un resplandor rojizo, como un ojo en llamas, le hirió la vista con crudeza. Era el farol del vigilante.

—¿Qué haces ahí? ¡Hale! Y con el chuzo de férreo regatón le golpeaba bruscamente la espalda para que se levantase.

—¡Sinvergüenzas! A dormir al Canalillo, sobre la hierba, que allí se está fresco, y a no venir aquí rondando las casas por si algún descuido podía darlos entrada y llevarse algo. ¡Granujas, más que granujas!

Y en su papel de guardador de la propiedad, a quien comprometían los amigos de lo ajeno, encendíase en ira y golpeaba cada vez más rabioso con el robusto chuzo al infeliz «Baena». Este huyó, sacando fuerzas de flaqueza, de aquella fría noctámbula y siguió calle abajo. Aún quedó el sereno refunfuñando, mientras él seguía andando con paso endebles y oscilante.

—¡Pandilla de indecentes. ¡Vagos! ¡Ladrones!

Al oír este insulto «El Baena» se volvió igual que si una chispa eléctrica le hubiera sacudido la modorra repentinamente. Algo rojo, como una extensa gota de sangre, pasó por su vista y parándose, miró con relámpago homicida hacia atrás. Allí lejos, el vigilante hacía oscilar su farol accionando nerviosamente como si una muchedumbre de testigos le escuchase sus quejas.

¡Ladrones! El no era ningún ladrón. Si lo fuera, ocasión tuvo de robar algo, un pan que hubiese sido para mitigar su hambre devoradora. Y no; había pasado por cincuenta comercios cuyas vian-

das estaban en plena calle al alcance de una mano hábil y pronta, y nada. Quedaba aún en él ese respeto a la propiedad, que va desapareciendo en el arroyo con el trato del hampa.

—Sinvergüenzas! A dormir al Canalillo, sobre la hierba...

Recordó fragmentariamente la catilinaria del sereno y sin darse cuenta exacta del porqué de su decisión cruzó la ancha Avenida y tiró por unos desmontes traseiros hacia la Ciudad Lineal. Anduvo un trecho por un campo húmedo, limitado de chopos rectos. Luego siguió una vereda de zarzas cuyas pías le prendían de vez en cuando los pantalones.

De pronto sintió el camino cortado. Una ancha cinta de plata con rugosidades ténues y deslizantes, venía de lejos, pasaba y seguía con murmullos de voces suaves y resbalamientos acuáticos. Era el Canalillo. Las aguas tenían una tonalidad oscura, misteriosa. «El Baena» se detuvo a mirarlas. Sabía de ellas un vaho húmedo, como una respiración fatigada después de aquella marcha interminable y persistente de kilómetros y kilómetros del caudal líquido. Algunas hojas arrancadas por el aire a los árboles centenarios, flotaban en la superficie constantemente renovada por el curso. ¡Qué frescura aquella la del agua! Pensaba «El Baena»: ¡Qué dulce y blando lecho! La corriente llevándole a unos centenares de metros en un deslizamiento suave y murmurante, en el suave tirón del descenso rígido, quieto, con la inmovilidad sin conciencia del cadáver! Allí no debía sentirse hambre, ni desmayos, ni alucinaciones dolorosas y tristes!

Y miraba hacia arriba, de donde venía el curso de las aguas, como si buscase una confirmación en su remoto origen. Pero las aguas monótonas, invariables, seguían y seguían su deslizamiento uniforme, llevando sobre su lomo brillante un bulto oscuro y saliente. «El Baena» le vió venir. El resplandor de la luna le iluminaba desde lejos, dejando caer su luz espesa sobre él. Era un ahogado. Flotaba roncando a la orilla. Pudo verle el rostro amarillo, pálido, los ojos abiertos y vidriosos, los cabellos lacios adheridos a la frente, el vientre hinchado como una giba monstruosa. Las manos no le veían, hundidas en el seno del agua por la inclinación colgante de los brazos.

«El Baena» se estremeció. Aquello era algo feo, repugnante y desagradable.

—¿Qué compañero, se mira el fiambre?— Desde la otra orilla un golfillo le hacía esta pregunta con cara sonriente.

—Desespera que hay por el mundo! Lo vengo siguiendo desde el recodo de la Victoria, pero, la verdad, no es un amigo muy agradable que se diga y he pensado dejarlo aquí mismo. Vaya adiós, amigo y buen viaje! Y el golfillo se quitó alegremente su gorrilla haciendo un saludo al despojo anónimo.—Ahora voy a seguir un poco para abajo, que hay un puente y me juntaré contigo.

«El Baena» quedó inmóvil, miraba como la corriente arrastraba al muerto hacia abajo.

—¡Ea! ya estoy aquí—dijo su nuevo compañero, llegando junto a él.—¡Buena, estoy más cansao! Me he ido hoy a la Puerta de Hierro y he venido por la Dehesa de la Villa, he seguido el Canalillo y figúrate tú lo que habré andao. Bien es verdad que no tengo nada que hacer. ¡Cómo vive uno de rentas! Tú habrás cenao, verdad?

«El Baena» hizo un gesto doloroso que pasó desapercibido para su aturrido compañero.



—Chico, qué suerte tienes con haber cenao. Yo tengo una carpanta—vulgo hambre—que pa qué te voy a contar. Como está uno acostumbrao a tos los lujos, pos na, que me salí de casa sin cinco en el bolsillo y que no he podido comer, porque hoy, en Madrid, no se fía ni al rey del patrón.

«El Baena» oía a su compañero con mutismo huraño. Toda aquella palabrería le bailaba en la débil cabeza una danza extraña. De repente, su amigo, parándose frente a él, se le quedó fijo y le dijo desabridamente:

—Oye, tú, ¿sabes que eres un orgulloso? ¿Es que no vas con tus arme na? Bueno, ya se ve que eres un burgués; además que has cenao, se te nota en la cara.

—Ya me has mirado bien

—Sí.

—Mírame otra vez, pero a la luz, y fijate.—Y «El Baena» se volvió para que la luna le iluminase de lleno el rostro desencajado.

—Estás demacrado, chico.

—Llevo cuarenta horas sin comer, sufriendo de hambre y de hambre.—Y con los ojos llorosos y palabra agitada contó su éxodo, la amarga aventura a la que ya no veía remedio, pues no volvería jamás a su casa ni en el taller le admitirían.

—¿Y a qué has venido aquí, al Canalillo?

—No lo sé. He venido sin darme cuenta, sin saberlo. Luego, cuando me he visto aquí, no sabía si comer yerba como las bestias para callar el hambre o si tirarme al agua y beber de ella hasta que la barriga se me hinchara y la corriente me arrastrara como ese ahogado que hemos visto.

—¡Jesús, me das miedo! ¡Qué tragedia!—Pero de pronto, el gollillo, dejando su tono burlón, continuó:—Vamos, los hombres somos los hombres y con eso es la dicho to.

Todo el mundo tiene derecho a vivir. Pero como para vivir hay que comer, pues se busca uno «el piri» como puede.

La riqueza está mal repartida. La han acaparao unos cuantos en perjuicio de los demás. Yo, y otros muchos, somos partidarios del reparto, pero como los ricos no lo quieren, pues tenemos que hacer lo sin que se enteren y a veces nos vemos precisados a entrar por un balcón, porque esos bugueses son tan mal educados, que nos cierran la puerta con llave. Bueno, ya te diré yo lo que tienes tú que hacer. Ahora vamos a ver si nos agenciamos algo para comer. Ven, iremos a Cuatro Caminos. Yo tengo allí un sitio donde puede que nos den alguna cosa y echenos trogo.

Y empujando hacia adelante a «El Baena», descendieron por las escaleras de un tejero y salieron por unas callejuelas oscuras y llenas de barrancos al camino de Tetuán. Luego bajaron hacia la plaza y se internaron por una de aquellas travesías, asistiendo finalmente en una taberna de exterior miserable.

III

«El Baena» dió la última chupada al cigarro, que arrojó al suelo, y se apostó tras un copuloso árbol que le ocultaba completamente. Estaba nervioso. Las lámparas le temblaban sin el menor recato y una sensación de algo extraño le corría por todo el cuerpo. Sin embargo, trató de calmarse. Frotó sus manos ruidosamente una con otra, se ajustó la chaquetilla al talle y lanzó la última mirada de reconocimiento a la casa que tenía enfrente. Había que decirse. Llevar a largo rato contemplando aquel palacio de arquitectura austera, pequeño, aislado en el centro de un jardín frondoso, con aceras de hierro rematadas por agudas lanzas. Un silencio profundo parecía envolverle a aquella hora de la noche.

Adelantó unos pasos cautelosamente. Nadie. La calle solitaria

y oscura dormía en la quietud más honda. Miró hacia arriba, midiendo la altura de la verja. Luego, con agilidad, trepó al zócalo de piedra, gateó por los hierros verticales y pasó a otra lado. Se detuvo un momento escuchando. Nada. Lejos, parecía sonar el chorro de una fuente con caída sutil.

Avanzó por un paseo, pero la arena, rechinando con ruido quebradizo, le obligó a volver rápidamente por los parterres de musgo blando y resbaladizo, como húmedo por un reciente riego. Los árboles pequeños parecían de lejos sombras humanas vigilantes y a «El Baena» se le volcaba el corazón en cada encuentro de estos y un temblor nervioso e invencible se apoderaba de él, mientras un sudor frío como un rocío interno, le pringaba las ropas interiores.

Agazapado, pegándose a los árboles, deslizándose por el suelo en los claros que hacía el ramaje, para no ser visto, dió la vuelta al edificio hasta colocarse a su espalda. Allí observó con fijeza. Todo parecía dormir profundamente. Los balcones tenían las persianas cerradas. Sólo en la planta baja, una ventana con balaustrada de hierro, ten a entornadas las puertas. Dentro había luz. Se veía a través del estor de encaje transparente. Era una luz amarilla difusa, submarina, como el resplandor de una lámpara con pantalla opaca: luz de enfermo. Pero el silencio era profundo, estático. «El Baena» se deslizó sin ruido hacia la pared, adaptándose a ella como un reptil escurridizo y se colocó bajo el saledizo de piedra. Allí esperó un momento, mirando con ojos de gato las sombras, buscando en ellas la proyección de un tulto que delatase su presencia. Luego, subió paulatinamente sus ojos al nivel de la balaustrada y miró hacia dentro. Ni un ruido. se agarró a uno de los barrotes, contrajo los brazos y se izó calladamente arriba. Se deslizó después por el hueco abierto y miró.

La luz no nacía en aquella habitación, venía de una puerta que daba a otro cuarto contiguo. Avanzó sigilosamente breando una mesa cuya tabla lúcida reflejaba un resplandor de topacio.

De pronto sus sentidos, aguzados, tuvieron el deslizamiento silencioso de unos pasos. Apenas tuvo tiempo para esconderse entre los pliegues de una cortina de recio paño. Una mujer entró en la habitación alumbrada. Su aspecto era el de una enfermera, con su traje oscuro, su delantal blanco y su toca. Miró un reloj que había en una mesita, junto a una lámpara amarilla, de pantalla amarilla, cuyos reflejos daban palidez mate a los objetos que iluminaba y removió una pócima de un vaso ancho y estrado. Se dirigió luego hacia un pequeño nicho de «El Baena» y distinguió la cabeza revuelta y sudorosa, el rostro abotargado y rojo de un niño. Su respiración parecía fatigosa. Aguzando el oído, escuchaba el silbar intermitente de sus pulmones anhelantes, como si el aire, hallando un obstáculo en su entrada, luchase por pasar adentro. Y en la cara encarnada y mate de la criatura se marcaba aquel ansia, aquella muesa de sufrimiento de un pecho que apenas respira y abre anhelante las fauces quemadas por la fiebre, buscando un poco de oxígeno para seguir viviendo.

La enfermera incorporó aquella cabeza dolorosa y metió entre sus dientes entreabiertos una cucharada de medicina. El niño hizo un gurgitar opaco y dejó caer su cabeza sin alientos.

De repente, una sombra se interpuso frente a «El Baena». Era otra mujer. Tenía aire señorial, sus cabellos eran rubios, su cara blanca, con un gesto de cansancio y una huella de «margura grande».

Se arrimó al lecho, contemplando dolorosamente al enfermito, cuyo jadeo iba aumentando. Lue-

go se inclinó y lo besó profundamente.

—¡Pobre hijo mío!—Una lágrima cayó sobre el embozo de la cama, lució un momento como un brillante de iris incendiado y desapareció enseguida, absorbida por la avidez porosa del paño.

—¿Cómo encuentra usted al niño, María?

—No sé, señora. Tiene mucho ahogo.

—¡Oh! ¡Si le volviese a repetir el ataque!

—Le pondremos otra inyección.

—Sí, ¡pero ese ataque! ¡Ese ataque que le ahoga y puede matármelo!

—Tal vez no le repita. ¡Dios es misericordioso!

—Sí, Dios es misericordioso!

Y la madre dolorosa elevó una mirada al techo, rasgando con su pensamiento los obstáculos que se interponían para ver el cielo inmenso, tras cuyas alturas estaba el Dios poderoso y bueno que podía curar a su hijito. Luego, volviendo a la realidad del momento, se irritó contra aquella enfermedad traidora que le ponía al hijo en trance de muerte y luchaba por llevarse. ¿De qué servían los cuidados que como defensas seguras se prodigan al niño, si aquel odioso mal se filtraba a través de las paredes, flotaba en el aire, se cogía al atravesar una calle, al subir a un tranvía, al cerrarse en un cuarto? Todo era inútil. Venía silencioso y cobarde rondando en la noche con sus anuncios febriles, su tos bronca con mucosidades que no arrancaban y se adherían a la garganta, ahogando a las pequeñas víctimas.

—¡Maldita difteria!

El niño tosía roncamente. Las dos mujeres, sobrecogidas, corrieron a un tiempo a la camita del enfermo. Pero el pequeño ni movió su cabeza en reposo. La madre le pasó la mano por la frente sudada de un modo copioso y las gotas corrían por las sienes frías lentas.

—Yo encuentro muy mal al niño, María.

—Esta usted afectada. Vaya, acuéstese, señora, descanse.

—No puedo, no, no puedo. ¡Descansar! ¡Cuántos días hace que no sé qué es conciliar un sueño tranquilo? Desde que mi hijo está enfermo, no vivo. No sé cómo pasa el tiempo. Estoy atontada. Sólo me preocupa su enfermedad. ¡Oh, si se me muriera! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Rompí a llorar silenciosamente. Corrían sus lágrimas por las mejillas pálidas, resbalando. Hubo de sacar el pañuelo para empujar aquel llanto triste que, sin embargo, parecía desahogar la mucha pena que había en su interior. «El Baena», desde su escondite, había abarcado toda la tristeza del cuadro. El creía haber entrado en la casa de un rico, en uno de esos palacios elegantes que tantas veces había visto paseando por la Castellana, rodeados de árboles frondosos y parterres a la inglesa, con legión de criados de librea y en los que no se conocían las miserias de la vida, donde todo era bienestar y el dinero acumulaba placeres y satisfacciones, y, sin embargo, allí, en uno de ellos, él, con sus propios ojos estaba contemplando un drama íntimo de dolor con las mismas convulsiones y las mismas miserias de los otros seres que vivían más por abajo.

En su discurrir torpe y nebuloso, él veía en aquello un espíritu de igualdad que ponía a todos en un plano mismo. El nunca creyó que los ricos llorasen, como aquella señora de presencia noble que tenía ante sí. Los había visto siempre tan alejados en sus lujosos techos de troncos soberbios pasar rápidamente como seres de otra casta superior que estaban fuera de la órbita de su condición humana!

Ellos eran los privilegiados, los nacidos para el bienestar, para los gozos, las alegrías, la hartura. No conocían la miseria que muestra el músculo anquilosado tras el girón de la ropa, como una

ventana por donde la consunción enseña su repugnante esqueleto; no sabían qué era el frío en las noches húmedas de invierno, sin cobijo donde calentarse, ni habían sentido nunca el dolor sordo e intenso del hambre que acaba extremando y poniendo en los ojos halos de falsa luz que giran hasta producir el vértigo y el agotamiento.

Aquellos eran otros hombres, otros seres de otro mundo donde se vivía fuera de las preocupaciones y de los sufrimientos.

Y ahora, él ante aquel cuadro de amargura donde el dolor parecía aletear como un espíritu latente y la muerte se sentía cercana en una especial vibración del aire, en una particularísima frialdad que se metía carne adentro, experimentaba una sorpresa extraña, un asombro que le tenía pegado al muro tras el cortinaje rojo, ante la abertura de los cristales de la ventana por donde la noche hacía sentir los latidos de su silencio.

Aquella dama llorando a la cabecera de una camita donde había un niño enfermo, turbaba completamente las ideas de «El Baena», como si el mundo hubiera sufrido de repente un cambio radical en el orden de las cosas.

También en casa de los ricos había penas; también aquellos que él creyó en privilegio especial, sufrían; también las caras apenas percibidas en la carrera del lujo, landó en los pastos elegantes, las descomponía el pesar en momentos supremos de la vida, y los ojos que no se dignaron descender a mirar las miserias de la calle, lloraban igual que los otros ojos que parecían haber nacido solo para el dolor. ¡Extraño contraste! El había entrado allí para robar, para despojar de algo de valor al rico odioso que acumulaba caudales sin reparar en el hambre del arroyo, y se encontraba con un cuadro angustioso que le congojaba el ánimo y le hacía venir a la memoria recuerdos olvidados. ¡Maldita sea, hombre!

Quedó pensativo. Le bailaba la imagen de la señá Esperanza, su madre, por delante de los ojos. Sí, había oído cómo una vez se lo contaba, allá en su casa, a unas vecindonas que hacían la tertulia por las tardes, sentadas en las sillas de enea de patas bajas, colocadas junto a la puerta. Él era pequeño. Cayó enfermo. Su madre, asustada, le arropó y cargó con él a una consulta del Hospital que era gratuita, que la pobre mujer no tenía para médicos. Desde la muerte de su marido—ya iba por aquellos entonces para un año—que había de sostener sola la casa.

En el Hospital, el médico le dijo que el niño tenía la difteria, que lo arropase, que le hiciera esto y aquello y además que le administrase la medicina cuya receta le entregaba.

—Y si al chico le da un ataque de asfixia, haga usted esto.

Y con gestos y ademanes de una práctica vulgar explicó a la madre el remedio para el caso.

—Es peligroso para usted, pero es seguro. Sobre todo escupa enseguida y lávese enseguida.

La señá Esperanza corrió con su criatura a la casa y la acostó. Aquella noche el niño se agravó. Una fiebre alta le devoraba. Rojo como una amapola, sudoroso, agitado, dejaba oír un estertor extraño. Una cosa interna, igual que una flema le cerraba la respiración, se ahogaba, se moría.

—¡Mi José María!—gritaba— ¡Mi José María, mi hijo del alma! —Y de la cabeza trasornada por el dolor huía el pensamiento con aquel grito desgarrado de angustia. Sin embargo, se acordó del remedio del médico.

—Es peligroso para usted, pero es seguro—¡Qué le importaba el peligro si era su hijo, su José María, el cachito de su alma quien lo necesitaba! Y con heroísmo de madre lo consumó y salvó la vida del chico.

«El Baena», al recordar esto, sintió que los ojos se le nubla-

ban con unas lágrimas de ternura. ¡Ah, la señá Esperanza! ¡Pobre madre!

Aquella señorona se la recordaba. Iguales en el dolor ante el hijo enfermo. La misma ansiedad, la misma ternura, la misma angustia!

Un hipo escalofriante y doloroso resonó repentinamente en el silencio. El niño, agitado convulsivo, quería incorporarse en el lecho. Sus ojos se abrían con dilatación espasmódica en el ansia de la asfixia. El aire silbaba, queriendo penetrar por la garganta congestionada, pero el pobre enfermito no recibía su oleada vivificante y bramaba sordamente con un exterior de angustia. Los dedos crispados agarraban las ropas del lecho, arrugándolas, desgarrándolas, en una agonía de muerte.

—Mi niño, mi niño querido se muere. ¡Se muere!

Aquella mujer no podía más. Algo pareció romperse en sus adentros y cayó sobre la cama, muda, extraviada, mirando el vacío como si viera el camino que el alma de su hijo iba a emprender para siempre.

Aquel grito lanzado como una suprema queja de dolor inenarrable, conmovió hasta el alma a «El Baena».

Se acordó de su madre, de aquel rasgo heroico que le salvó la vida cuando pequeño.

Y resueltamente, sacando su cabeza por entre la abertura del cortinón de paño, quitándose su gorilla grasienta que arrugó entre las manos, avanzó hacia el cuarto, en cuyo centro quedó parado.

—Señora... yo...

No pudo continuar. El niño, en un extertor supremo, oíó un ronquido y se llevó sus manitas agarradas a la garganta. Su cabeza cayó sobre el almohada inerte.

Fué un instante. «El Baena» avanzó como un rayo hasta el lecho, se inclinó, pegó su boca a la del enfermito y con una energía frenética sorbió. Algo viscoso, denso, fué arrancando de la garganta del niño y resbaló chorreando por sus labios entreabiertos. Luego, el pequeño hizo una inspiración profunda, abrió sus ojos y sonrió como un ángel. Estaba salvado.

IV

—Sí, señor. A consecuencia de aquello tuvieron que hacerme una operación en la garganta y me colocaron este tubo de platino para que pudiese respirar. Y así diciendo, «El Baena» alzó una especie de cortina de seda negra que ocultaba parte de su cuello que mostró el respirador artificial que le habían hecho los médicos después de operarle.

—¿Siente usted molestias?

—Al principio sufrí mucho. Respiraba mal, aunque entra más aire que por la nariz, y luego este ruido de fuelle me ponía nervioso. Pero, ya habituado, nada igual que usted.

En estas iríamos de nuestra conversación, cuando un niño rubio, hermoso, de encendido color, se acercó al banco en que estábamos sentados en aquella asoleada tarde.

—Este es mi enfermito—me dijo «El Baena» cogiendo al niño y acercándole a sus rodillas. Como él comprendiese en mí cierto asombro, añadió:

—Sí, después de pagar mi operación me colocaron en la casa. Y algunas tardes traigo al niño aquí, al Retiro, a que juegue y a que corra.

Después, dirigiéndose al muchachito, le dijo cariñosamente:

—¿Qué, ya te has cansado de jugar?

—Sí; voy a descansar un poco. Enfrente, las aguas del estanque reflejaban el sol con cabrillos de oro líquido. Venía de lejos un perfume delicado de acacia.

De repente el niño, volviéndose se hacia «El Baena», le dijo:

—Oye, tú, cuéntame una historia de esas que sabes de toreros.